

Editorial

DOI: 10.20868/uf.2019.15.3971

Rafael Córdoba Hernández * y **María Sofía Durán ****

Los textos que conforman este nuevo número de Territorios en Formación coinciden en aportar diferentes miradas sobre un único hecho como es la conformación y configuración de nuestras ciudades. Tanto la crisis económica como la ecológica que está sufriendo nuestro planeta tienen un origen derivado de una gestión no adecuada del aparato productivo-financiero junto con un sobredimensionamiento de ciertas necesidades que están propiciando el agotamiento de gran parte de nuestros recursos naturales. Esto no sólo ha provocado el colapso económico generalizado que vivimos hace unos años, y que tiene visos de repetirse, sino que además ha producido una significativa aceleración de los problemas ecológicos de naturaleza universal. Con todo ello estamos siendo testigos de importantes cambios territoriales y en la forma de vivir de sus habitantes.

Si bien hace unas décadas los debates sobre el territorio se centraban en las debilidades de sus recursos y el consumo sobrevenido de estos, en la actualidad debemos centrar el debate en cómo han de responder estos territorios ante estos cambios externos o situaciones de shock tal y como se plantea en *Exploring regional resilience* (2008).

Dentro del ámbito de las dinámicas ambientales globales de este contexto, destacan cuatro parámetros que muestran tendencias preocupantes y que han centrado los estudios de los últimos años: el crecimiento demográfico acelerado, la urbanización generalizada, el agotamiento de recursos estratégicos y el cambio climático. Cada territorio no sólo es heredero de su trayectoria, sino que además deberá afrontar su resiliencia en función de los elementos que la estén condicionando, ya sean todos o varios de las anteriores.

Tanto estas tendencias como la resiliencia de los propios territorios donde se asientan condicionarán el futuro de nuestras ciudades, así como la manera en que estas eran entendidas hasta el momento. En este sentido no se puede pasar por alto que, aunque estemos en un mundo globalizado, no todos los territorios tienen ni la misma capacidad ni medios para afrontar las adversidades de esos cambios. Así lo apunta, por ejemplo, el *Informe Groundswell* (2018), donde se señala que más de 143 millones de personas localizadas en las regiones al sur del Sahara, América Latina y Asia meridional podrían tener que trasladarse dentro de sus propios países para escapar de los impactos de evolución lenta del cambio climático, como el estrés hídrico y la reducción de las cosechas.

* **Rafael Córdoba Hernández** es profesor asociado y alumno de postgrado del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Escuela Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid. rafael.cordoba@upm.es.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7878-2055>

** **María Sofía Durán** es alumna de postgrado del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la Escuela Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid. ms.duran@alumnos.upm.es

También es cierto que, debido al cambio climático están aumentando de manera importante la probabilidad de que los eventos climáticos extremos sucedan agravando las situaciones ya preocupantes de desplazamientos y migraciones hacia las ciudades. Los datos aportados por *OurWorldInData.org* apuntan que en los últimos años se han producido hasta cuatro veces más desastres naturales (aquellos en los que más de 10 personas resultan muertas o más de 100 son afectadas) que en la década de 1960. Estos desastres no sólo implican importantes pérdidas en vidas humanas sino también económicas y sociales. Así, en los tres primeros trimestres de 2016, los eventos climáticos extremos costaron a los contribuyentes estadounidenses 27.000 millones de dólares en daños y perjuicios.

Por ello, las diferentes investigaciones que se realizan en el campo del urbanismo y otras especialidades se hacen imprescindibles para entender estos cambios y sus efectos sobre las áreas urbanizadas y con ellas, de algún modo, abordar los desafíos producidos como consecuencia de estas nuevas situaciones territoriales.

La importancia de lo que ocurre en estas áreas urbanizadas se hace fundamental de cara afrontar los retos futuros de adaptación al cambio climático y resiliencia territorial. Esta consideración se traduce en esencial al considerar la cantidad de población que se ve afectada por lo que en ellas se ocurre. Y es que, si en la actualidad más de la mitad de la población mundial vive en las ciudades, se espera que a mediados de este siglo esta cifra alcance las tres cuartas partes de la población mundial según datos del propio Banco Mundial. Con este incremento poblacional, las ciudades pueden verse obligadas a ampliar sus fronteras geográficas para darles cabida, disminuyendo la superficie de tierra cultivable y fértil a favor de nuevas construcciones residenciales.

Las cifras, hasta el momento, dejan poco espacio para el optimismo: entre 2000 y 2015, en todas las regiones del mundo, la expansión de los terrenos urbanos superó el ritmo de crecimiento de la población urbana tal y como señala el Informe del Secretario General del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, *Progresos en el logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2017*.

De este modo, los retos que deberán afrontar las ciudades no son pocos y más considerando que los resultados de estos crecimientos urbanísticos están produciendo importantes desigualdades sociales, económicas y territoriales sobre los propios habitantes de las ciudades. Entre estos retos cabe destacar el aumento de consumo de los recursos, la sobreexplotación del medio natural y la intensa urbanización del planeta que ocasiona la imposibilidad de regeneración natural de los suelos o la adaptación a los efectos provocados por el cambio climático.

Es en las ciudades donde el proceso de urbanización ha hecho más significativos sus efectos. Lo que en su momento fueron concentraciones más o menos densas de población, con el tiempo se han ido convirtiendo en grandes urbes en las que, en función del poder adquisitivo de cada individuo, podrá encontrarse más o menos favorecido por su oferta. Siendo cierto que la accesibilidad a un puesto de trabajo, las posibilidades de ocio, facilidad de circulación de capitales o el gasto en servicios públicos es mayor que en los espacios más rurales, estos efectos no se producen en igualdad en el territorio. Así no se puede afirmar que se haya mejorado la calidad de vida de todos sus residentes de forma pareja. El acceso a los indudables beneficios que aporta vivir en una ciudad no ha sido equitativo y aquellas clases más desfavorecidas se han visto incluso más

excluidas que lo que podrían estarlo en otros medios menos agresivos para el ser humano y la sociedad como puede ser el medio rural.

Por otro lado, en la globalización en la que vivimos, las consecuencias generalizadas de este crecimiento se traducen en una menor densidad de población, así como un crecimiento incontrolado contrapuesto a modalidades más sostenibles de desarrollo urbano. Así, por ejemplo, en numerosas partes del mundo esto se está traduciendo en importantes zonas de hacinamiento local, situaciones espaciales de informalidad en situaciones de riesgo de inundabilidad o desprendimientos, una deficiente accesibilidad a las infraestructuras urbanas, e importantes dificultades para acceder a los servicios de transporte y el empleo.

Todo hace pensar que cuando se gestiona de forma adecuada el proceso urbanizador se puede facilitar la salida de la pobreza, corregir las condiciones de vida o incluso funcionar como motor económico de una ciudad o región. Pero si contrariamente, este proceso no se realiza de forma adecuada puede favorecer la desigualdad y la exclusión de los propios habitantes de ese espacio.

En esta línea, el Informe *Progresos en el logro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2017* planteaba que *“la rápida urbanización conlleva enormes dificultades, como el creciente número de habitantes de barrios marginales, el incremento de la contaminación atmosférica, la insuficiencia de los servicios básicos y la infraestructura, y el crecimiento urbano incontrolado y no planificado, que también aumentan la vulnerabilidad de las ciudades a los desastres. Se necesita mejorar la planificación y la gestión urbanas para que los espacios urbanos del mundo sean más inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles”*.

Con ello se hacía una clara referencia al *11^{er} Objetivo de los Objetivos de Desarrollo Sostenible* (ODS) de la Agenda 2030 sobre el Desarrollo Sostenible. Estos objetivos son herederos de los ocho propósitos de desarrollo humano fijados en el año 2000, que los 189 países miembros de las Naciones Unidas acordaron conseguir para el año 2015 y que eran conocidos como Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Con estos nuevos diecisiete objetivos que plantean los ODS se buscan ampliar los éxitos alcanzados con ellos, así como lograr aquellas metas que no fueron conseguidas.

La Agenda 2030 fue adoptada en 2015 por un gran número de países y, en 2016, con la entrada en vigor del Acuerdo de París sobre cambio climático, adquirió una nueva dimensión intentando responder a la necesidad de limitar el aumento de las temperaturas globales. Con ellos se pide a todos los países, independientemente de su IDH o riqueza que aborden medidas para promover la prosperidad de sus respectivos territorios sin dejar de lado su deber de proteger y preservar nuestro planeta.

El *11^{er} Objetivo de los Objetivos de Desarrollo Sostenible* que antes se enunciaba, plantea *“lograr que las ciudades y los asentamientos humanos sean inclusivos, seguros, resilientes y sostenibles”*.

Las investigaciones presentadas en este número hacen referencia a algunas de las metas planteadas por este ODS y pueden englobarse entre las investigaciones que se apuntaban al inicio como necesarias para afrontar los retos de nuestras ciudades en este siglo. Como tales, aportan su pequeño grano de arena para facilitar el alcance de algunas de las metas planteadas por este decimoprimer objetivo. Independientemente de que algunas de las ocho investigaciones que conforman este número de Territorios en Formación puedan contribuir a más de una de las metas

planteadas a continuación, se reflejan con relación a la que se ha considerado su vinculación más estrecha.

Se presentan y ordenan a continuación, atendiendo a las propias metas planteadas por la Agenda 2030 para hacer realidad el compromiso alcanzado.

La investigación de María Fernanda Uribe se incluiría dentro de la meta 11.1 que apuesta por *asegurar el acceso de todas las personas a viviendas y servicios básicos adecuados, seguros y asequibles y mejorar los barrios marginales*. En su investigación sobre el acceso a la vivienda digna en Colombia demuestra que la vivienda social es una necesidad aún desatendida en ese país a través del análisis de un conjunto de indicadores basados en los instrumentos legales y jurídicos, así como de los diferentes procesos de configuración del entorno habitacional de gestión estatal en diferentes poblaciones colombianas entre 2002 y 2010.

Por su parte, Mohammad Hamed Abdi aborda el problema de la planificación y el diseño urbano orientado al transporte público. Esta investigación se vincularía con búsqueda de *proporcionar acceso a sistemas de transporte seguros, asequibles, accesibles y sostenibles para todos y mejorar la seguridad vial, en particular mediante la ampliación del transporte público, prestando especial atención a las necesidades de las personas en situación de vulnerabilidad, las mujeres, los niños, las personas con discapacidad y las personas de edad* (meta 11.2). A lo largo de su texto, el autor resalta las principales dimensiones que debe tener una planificación urbana que busque estar orientada al transporte a través de la revisión sistemática de una serie de artículos científicos referidos al tema.

Melika Mehriar en su investigación menciona algunos puntos de la meta 11.3 que pueden ayudar a reflexionar sobre cómo *aumentar la urbanización inclusiva y sostenible y la capacidad para la planificación y la gestión participativas, integradas y sostenibles de los asentamientos humanos en todos los países* en su artículo sobre la expansión urbana no planificada en Irán. Con él se plantea una revisión y comparación de la literatura relevante en los países desarrollados y vías de desarrollo que la sirve de base para estudiar los impulsores de la expansión urbana en este país del Medio Oriente.

La meta 11.4. *Redoblar los esfuerzos para proteger y salvaguardar el patrimonio cultural y natural del mundo* es trabajada con diferentes enfoques por Narges Bazarjani y Stefano Guidi. La primera de los autores trata el tema desde el acercamiento a la interpretación femenina del origen de la ciudad islámica de la Meca a través de Agar, figura femenina significativa en la fundación de la nación árabe ocultada en la literatura de las religiones abrahámicas. Por su parte, el segundo autor apuesta por el acercamiento al patrimonio arquitectónico del barrio de Entrevías en Madrid, profundizando en el conocimiento del propio proyecto y del barrio a partir de una serie de documentos localizados en los Archivos del INV.

Eduardo Espinosa Sánchez centra su artículo sobre la coordinación entre el diseño del espacio público y el uso social tiene una estrecha relación con la meta 11.7 de las ODS donde se pretende *proporcionar acceso universal a zonas verdes y espacios públicos seguros, inclusivos y accesibles, en particular para las mujeres y los niños, las personas de edad y las personas con discapacidad*. A lo largo de su análisis apuesta por demostrar que los profusos temas tratados en la literatura del espacio público referentes a la configuración del espacio público y su uso social y las propuestas de tipos de espacio público orientadas al análisis de la trama urbana o como referencias operativas

para su diseño, hasta el momento no se están cimentando en las relaciones entre forma y uso social. Gracias a él concluiría que frente a estos elementos predominarían otros aspectos como la morfología y los aspectos visuales, dejando en su segundo orden otra serie de aspectos también relevantes como el ambiental o el histórico.

Para la meta 11.a de las ODS es *Apoyar los vínculos económicos, sociales y ambientales positivos entre las zonas urbanas, periurbanas y rurales fortaleciendo la planificación del desarrollo nacional y regional*. En este sentido, se encuentra un fuerte vínculo entre esta meta y el análisis de Laura R. Salvador sobre el impacto negativo de la gentrificación en los principales ejes comerciales de la ciudad de Madrid. Para ello analiza las actividades económicas del zócalo comercial de nueve ejes comerciales a lo largo de los últimos diez años con la finalidad de comprobar cómo han afectado a los mismos los recientes modelos de ciudad que priorizan el espacio peatonal frente al vehículo motorizado privado.

Por último, en la investigación de Paz Arguello sobre la implementación de certificaciones de sostenibilidad y eficiencia energética en barrios se encuentran algunos puntos de contacto con la meta 11.b *Aumentar considerablemente el número de ciudades y asentamientos humanos que adoptan e implementan políticas y planes integrados para promover la inclusión, el uso eficiente de los recursos, la mitigación del cambio climático y la adaptación a él y la resiliencia ante los desastres, y desarrollar y poner en práctica, en consonancia con el Marco de Sendai para la Reducción del Riesgo de Desastres 2015-2030, la gestión integral de los riesgos de desastre a todos los niveles*. La autora intenta identificar algunos indicadores de eficiencia energética de barrios para lograr implementarlos no sólo en Asunción, sino que adaptarlos para diferentes ciudades del mundo.